

MARINA AOIZ MONREAL

Revelación del acero

En un torpe abismo culinario
se desangra la luz de la granada.
El itinerario del estaño
persevera en el trazado de la tierra,
hurga en la herida de la noche
rumbo a la brevedad de la caricia.

Un destello muere bajo el enebro.

En el paladar,
el licor de la memoria
 fugoso serpenteo,
 espinoso
 penetra en las entrañas
de una fruta sin banderas.

Alimento solar
para la estirpe que nada espera
del cristal de la nieve y su estallido.

Pulsión de luciérnagas
atentas a la vegetación de la piedra.

Otro aire nos acecha.

La fuente del desdén

Todavía hay vino azul en la alacena
y frío en los ojos del olvido. Las yeguas
de la niebla revolucionan el bosque y sus estrellas.

Las rodillas protegidas por un manto de nostalgia.
Una fiesta de azafrán en la memoria
y la calma del agua
provocan el deseo de la huida. Los pájaros
del vacío recorren las hogueras de los hombres
a la búsqueda de frutos fermentados.

El corazón del muérdago
sincroniza su latido con el viento
ante el temor de la desbandada.
La herida del bosque ruge en la placenta del arroyo.
Ni borrachas podremos atravesar
esa sombra de infinita melancolía. El miedo
y el silencio, hipnóticos destinos
en la región de las máscaras de labios de platino. Cuchillos,
desafíos, escondrijos para la miel y los gemidos.

Cervatillas extraviadas en la espesura, olisqueamos
la tierra: su alma de lombriz
anuncia la sed de vívidas sustancias.

La ley de los líquenes

El clamor del viento
penetra por todos los resquicios; sus manos
invisibles pertenecen al metal de los peligros,
aprenden de las encrucijadas de la noche,
y al atrapar los pliegues de la luz,
reconocen el temor antiguo del invierno.

El jardín inicia sus ritos. En la desnudez
alberga un mundo muy pequeño
que se quiebra en cada hoja, en cada guijarro,
en cada gota de fría lava. Música del silencio.

Yo arañé la almohada de líquenes y agua.
Naufrago en los temblores de la tela.
Al aire que acecha, espero. Y a la extraña
que a grandes zancadas camina por la nieve.

Trae agujas, pepitas de oro, el tamaño de la noche
tatuado en la espalda, la matriz de la escarcha.

Quiero el alivio de los hilos
enredados entre las ramas. Sus hebras de luz
derramándose en la oquedad de esta rezagada belleza.

Con los ojos fatigados
de tanta blancura
la visitante
despliega sus alas. Alas de la noche.
Enormes alas de cobre y plata, sin raíces.

¿Para qué quiero ser rica si puedo ser poeta?

¿Por qué me apartas del ánimo terrestre,
y me muestras la clara voluntad del espacio?

Eunice Odio

Para que Ella no huya de mi lado
arrastro esta maleta con las obras completas
de Shakespeare y Quevedo; los libros
de san Juan de la Cruz, Góngora, Vallejo, Salinas...;
varios vestidos de colores y un traje de lino blanco.
Camino por la Habana enraizada en la palabra.
Con el áncora firme, me despreocupo de la corriente.

De dones terrestres estoy colmada. Al borde de mi muerte
crecen lirios de luz que abrazan a los pájaros perdidos.
Escuché la voz desde niña: *todo es según su vocablo*.
Me dejé llevar por Ella, sola, *agua sin ruido*. Sí, soy el Otro.
El que nombra y calla. El ángel náufrago asido a la rosa de fuego.
El fruto maduro del asombro. Las alas heredadas.
La extranjera desde la tumba con ojos deslumbrados.

¿Para qué quiero ser rica si poseo las islas boreales,
los palacios solitarios, los cuerpos metalizados
de los escarabajos del sueño, a san Miguel en la almohada,
verdes caballos trotando por los ríos de la vida
y los poemas del desdichado Vallejo adheridos a la frente?
Para qué si el abrazo de los árboles y los ruiséñores y la plata
y la noche y los manojos de alegría y la luz, y la luz...

*Una llama de oro, un resplandor que vence a todo abismo**

una hija malcriada en los arrabales de la palabra
hija monstruosa de Melusina con un cuerno en la frente
y un ojo de luz que deslumbra a los sonámbulos

hija desposeída
errante criatura del bosque
pequeña buscadora en la espesura de la noche
llama de oro en el tedio de los días regulados
guía circunstancial de la bandada de grullas

hija perturbada por un sueño
un solo sueño
inconfesable
o sí
a ti que eres el padre de las ofrendas
padre del hada furtiva de Bretaña
mulato raro y alegre pájaro de la isla alegre

en el castillo del rey Dragoberto
brindamos por los esclavos libres del país oculto
padre e hija en un baile de máscaras
padre e hija proscritos
desheredados
firmes camellos en pos de un río sin tumultos
en ceremonias áulicas sin ahogos

hermanos del riesgo
hija del padre-trigo
porteadora de sucias reliquias
padre del linaje de los caballeros
hija adicta a la fragancia de las rosas
devoradora insaciable de su carne secreta
la de lúbrica cola de sirena

la de elástico canto sobre el océano
la hija del padre de amores prohibidos
niña de los satélites rojos
padre meteoro con infancia de primavera
a ti te agarro de la mano
para regresar contigo a la eternidad de las aguas
al regazo de Safo
a la república de las sílfides
a las diáfanas selvas
a los maestros chinos
persas
griegos
al abandono de toda auto conmiseración

perdidos en este mundo
rezagados por los cielos

padre e hija de la mano
cautivos bajo la lluvia
liberados bajo la lluvia

desesperados
amables
con lámparas de ónix en las manos
con soberbios alacranes en las pestañas

extraviados

cándidos muy cándidos,

*Verso de Gastón Baquero

La espera de la sal

Llega la voz temida
con la marea de luz salvaje.

Una formación de ondas vacilantes
envuelve la soledad de la arena
mientras las aves que emigran,
dibujan sus estelas espaciales.

Qué devoción
se adivina en nuestro cántico.

De tigres y magnolias acompañados,
vamos trazando
en el pentagrama de la vida
extrañas melodías. Quizás,
efímeros perfumes de espino en flor,
lana de cordero enredada en las aliagas,
ingenuas cancioncillas
para la espera de la sal
y la voz verdadera.

Álbum de poetas

Fomento a la lectura a través de poetas contemporáneas

